

Los Estados Unidos han utilizado la tortura durante decenios

Autor beu
jueves, 15 de diciembre de 2005

Naomi Klein, The Nation

Fue la "misión cumplida" del segundo mandato de George W. Bush, y un anuncio de tal magnitud exigía un lugar convenientemente dramático. Pero ¿cuál fue el telón de fondo adecuado para hacer la infame declaración: "No torturamos"? Con su audacia característica, el equipo de Bush la colocó en el centro de Ciudad de Panamá.

Era ciertamente desacarado. A hora y media de camino de donde Bush estaba parado, los militares de los Estados Unidos mantuvieron la famosa Escuela de las Américas (SOA), desde 1946 hasta 1984, institución educativa siniestra, que si tuvo un lema pudo haber sido "Nosotros sí torturamos".

Es aquí en Panamá y, luego, en la nueva localización de la escuela, en Fort Benning, Georgia, donde pueden ser encontradas las raíces de los actuales escándalos sobre torturas. Según los manuales de entrenamiento ya públicos, los estudiantes de SOA -oficiales militares y de policía de todo el hemisferio- fueron instruidos en muchas de las mismas técnicas de "interrogación coactiva" que han emigrado a Guantánamo y a Abu Ghraib: captura de madrugada para maximizar el choque, encapuchamiento e inmediato cubrimiento de los ojos, desnudez forzada, privación sensorial, sobrecarga sensorial, "manipulación" del sueño y alimentación, humillación, temperaturas extremas, aislamiento, posiciones extremadamente incómodas - y peores cosas. En 1996 la Oficina de Vigilancia de la Inteligencia, durante la administración del presidente Clinton, admitió que los materiales de entrenamiento producidos por Estados Unidos justificaron la "ejecución de guerrilleros, la extorsión, el abuso físico, la coerción y el encarcelamiento arbitrario."

Algunos de los graduados en la escuela de Panamá volvieron a sus países para cometer los crímenes de guerra más grandes del continente durante el último medio siglo: los asesinatos del Arzobispo Oscar Romero y de seis sacerdotes jesuitas en El Salvador; el hurto sistemático de los bebés de los presos, "desaparecidos" argentinos; la masacre de 900 civiles en el El Mozote en El Salvador; y los golpes militares, demasiado numerosos para hacer la lista aquí. Sea suficiente para decir, que escoger a Panamá para declarar "No torturamos", es un poco como aparecer en un matadero para anunciar que los Estados Unidos son una nación de vegetarianos.

Aun cuando cubrían el anuncio de Bush, ninguno de los noticieros de los grandes medios mencionó la historia sordida de su ubicación. ¿Cómo podrían? Hacerlo requeriría algo totalmente ausente del discusión actual: admitir que el lío de la tortura durante la administración de Bush por funcionarios de los Estados Unidos, tiene abundantes antecedentes y se ha hecho parte integral de la política exterior de los Estados Unidos desde la guerra de Vietnam.

Es una historia que se ha documentado exhaustivamente en una avalancha de libros, documentos desclasificados, manuales de entrenamiento de la CIA, expedientes de las cortes y en las comisiones de la verdad. En su próximo libro "Una Cuestión de Tortura", Alfred McCoy sintetiza este inmanejable ocultamiento de la evidencia, produciendo una indispensable y segura cuenta, de cómo los experimentos monstruosos de la CIA en pacientes psiquiátricos y presos, en los años 50, se convirtieron en un modelo que él llama "tortura sin contacto," basado en la privación sensorial y el dolor autoinfligido. McCoy se remonta a cómo estos métodos fueron experimentados en campos por los agentes de la CIA en Vietnam, como parte del programa de Phoenix, y después exportados a América latina y a Asia en forma de programas de entrenamiento policial.

No son solamente los apologistas de la tortura quienes ignoran esta historia cuando culpan de los abusos a "algunas manzanas podridas" - lo hacen también muchos de los opositores más prominentes de la tortura. Al parecer se olvidaron de todo lo que supieron alguna vez sobre las desventuras de Estados Unidos durante la guerra fría; un número alarmante ha comenzado a suscribir una narración antihistórica en la cual la idea de torturar a presos se les ocurrió primero a los funcionarios de los Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, punto en el cual los métodos de interrogación utilizados en Guantánamo emergieron, al parecer completamente formados, desde las profundidades sádicas de Dick Cheney y del cerebro de Donald Rumsfeld. Hasta ese momento, nos dicen, Estados Unidos luchó contra sus enemigos pero mantuvo su humanidad intacta.

El propagador principal de este discurso (qué Garry Wills calificó como "sin pecado original") es el senador John McCain. Escribiendo recientemente en Newsweek sobre la necesidad de una prohibición de la tortura, McCain dice que cuando él era un prisionero de guerra en Hanoi, rápidamente se dio cuenta "que éramos diferentes de nuestros enemigos... que nosotros, si los papeles se invirtieran, no nos deshonraríamos cometiendo o aprobando tal maltrato contra ellos." Es una distorsión histórica imponente. Por la época en que McCain fue capturado, la CIA había lanzado ya el programa de Phoenix y, como McCoy escribe, "sus agentes dirigían cuarenta centros de interrogación en Vietnam del sur, que mataron a más de veinte mil sospechosos y torturaron a millares más," una denuncia que él sostiene con las citas de páginas de informes de prensa así como indagaciones del Congreso y del Senado.

¿Disminuye de alguna manera los horrores de hoy admitir que ésta no es la primera vez que el gobierno de los Estados

Unidos ha utilizado la tortura para deshacerse de sus oponentes políticos - que ha operado prisiones secretas antes; que ha apoyado activamente los regímenes que intentaron borrar a la izquierda botando a estudiantes desde aviones? ¿Que, en el país, fotografías de linchamientos fueron negociadas y se vendieron como los trofeos y avisos? Muchos parecen pensar así. El 8 de noviembre el congresista demócrata Jim McDermott hizo en la Cámara de Representantes la declaración asombrosa que "Estados Unidos nunca había tenido un cuestionamiento sobre su integridad moral, hasta este momento." Molly Ivins, expresó su consternación porque en los Estados Unidos está funcionando una cárcel gulag, y escribió que "es sólo esta administración... y siempre en eso, parece ser sobre todo el vice presidente Dick Cheney." Y en la edición de noviembre de Harper's, William Pfaff arguye que lo que realmente distingue a la administración de Bush, a diferencia de sus precursores, es "su instalación de la tortura como parte integral de los militares estadounidenses y las operaciones clandestinas." Pfaff reconoce que mucho antes de Abu Ghraib, hubo quienes denunciaron que la Escuela de las Américas era una "escuela de la tortura", pero dice que él estaba "inclinado a dudar que realmente fuera así." Quizás para Paff es hora de echar una mirada a los libros de textos de SOA enseñando técnicas ilegales de tortura, todos fácilmente disponibles en español e inglés, así como la lista espeluznante de los graduados de SOA.

Otras culturas tratan la herencia de la tortura declarando "¡Nunca más!" ¿Por qué tantos norteamericanos insisten en ocuparse de la crisis actual sobre torturas, gritando "¡Nunca antes!"? Sospecho que tiene que ver con un deseo sincero de destacar la seriedad de los crímenes de esta administración. Y la abierta aceptación de la tortura por la administración de Bush, de hecho no tiene precedentes - pero dejemos claro cuál es ese "sin precedentes" y acerca de qué: no de la tortura sino de la franqueza. Los gobiernos anteriores mañosamente mantuvieron en secreto sus "operaciones oscuras"; los crímenes fueron sancionados pero fueron practicados en las sombras, negados oficialmente y condenados. La administración de Bush ha roto este reparto: Desde el 9/11, exigió el derecho de torturar sin vergüenza, legitimado por nuevas definiciones y nuevas leyes.

A pesar de todo el discurso sobre el origen exterior de la tortura, la innovación verdadera de la administración de Bush ha sido su génesis interna, con los presos que son abusados por los ciudadanos de los Estados Unidos en prisiones operadas por Estados Unidos y transportados a terceros países en aviones de los Estados Unidos. Es este abandono de la etiqueta clandestina, más que los crímenes reales, lo que tiene tanto a la comunidad militar como a la inteligencia manos arriba: Por atreverse a torturar sin disculpas y al descubierto, Bush ha despojado a cada uno de la capacidad de negarlo satisfactoriamente.

Para ésos que se preguntan nerviosos si es hora de comenzar a usar palabras alarmistas como totalitarismo, este cambio tiene una significación enorme. Cuando la tortura se practica secretamente pero se niega oficialmente y legalmente, todavía queda la esperanza de que si se exponen las atrocidades, la justicia podría prevalecer. Cuando la tortura es pseudo-legal y cuando los responsables tan sólo niegan que es tortura, que mata lo que Hannah Arendt llamó "la persona jurídica en el ser humano"; muy pronto las víctimas no se esforzarán más para buscar justicia, al asegurarse de la inutilidad (y del peligro) de esa búsqueda. Esta impunidad es una versión masiva de lo que sucede dentro de la cámara de tortura, cuando le dicen a los presos que pueden gritar todo lo que deseen porque nadie puede oírlos y nadie va a salvarlos.

En América latina las revelaciones de las torturas de Estados Unidos en Iraq no se han resuelto con sorpresa e incredulidad sino con el poderoso "ya lo sabíamos" y temores reanimados. Héctor Mondragon, un activista colombiano que fue torturado en los años 70 por un oficial entrenado en la escuela de las Américas, escribió: "Fue duro ver las fotografías de las torturas en Iraq por haber sido yo torturado. Me vi a mí mismo desnudo con los pies amarrados y las manos atadas a la espalda; con la cabeza cubierta por una bolsa de tela. Recordé mi sentimiento, la humillación, el dolor..."

Dianna Ortiz, una monja americana que fue torturada brutalmente en una cárcel guatemalteca, dijo, "no podría incluso estar parada para mirar esas fotografías... ya que muchas de las cosas en las fotografías también me las habían hecho a mí. Me torturaron con un perro espantoso y también con ratas. Y ya son película."

Ortiz ha atestiguado que los hombres que la violaron y la quemaron con cigarrillos más de 100 veces, obedecían a un hombre que hablaba español con un acento gringo, que llamaban "jefe." Es una de las muchas historias contadas por los presos en América latina sobre los hombres de habla inglesa misteriosos que caminaban dentro y fuera de sus celdas de tortura, proponiendo las preguntas, ofreciendo recompensas. Varios de estos casos se documentan en el nuevo libro de gran alcance de Jennifer Harbury, "Verdad, Tortura, y el American Way".

Algunos de los países que fueron azotados por regímenes torturadores patrocinados por Estados Unidos, han intentado reparar su tejido social por medio de comisiones de la verdad y juicios de los crímenes de guerra. En la mayoría de los casos, la justicia ha sido evasiva, pero más allá de abusos se ha entrado en el registro oficial y sociedades enteras se han hecho preguntas, no solamente sobre la responsabilidad individual sino de la complicidad colectiva. Estados Unidos, aunque participante activo en estas "guerras sucias", ha pasado sin un proceso paralelo de examen de conciencia nacional.

El resultado es que la memoria de la complicidad de los Estados Unidos en crímenes "lejanos", sigue siendo frágil, viviendo en viejos artículos periodísticos, libros agotados e iniciativas populares firmes, como la protesta anual en los

alrededores de la Escuela de las Américas (a la que se le cambió de nombre pero sigue funcionando en gran parte sin cambios). La ironía terrible de la discusión antihistórica actual sobre la tortura, está en que en nombre de la supresión de futuros abusos, estos crímenes del pasado están siendo borrados del expediente. Cada vez que los americanos repiten el cuento de hadas sobre su inocencia pre-Cheney, estas memorias ya borrosas, se desvanecen aun más. La gran evidencia todavía existe, por supuesto, archivada cuidadosamente en decenas de millares de documentos desclasificados, disponibles en el Archivo de la Seguridad Nacional. Pero dentro de la memoria colectiva de los Estados Unidos, los desaparecidos están desapareciendo de nuevo.

Esta amnesia ocasional hace un pésimo servicio, no solamente a las víctimas de estos crímenes, sino también a la causa de intentar suprimir tortura del arsenal de la política de los Estados Unidos de una vez por todas. Ya hay muestras de que la administración se ocupará del alboroto actual sobre la tortura volviendo al modelo de la guerra fría, la negativa creíble. La enmienda de McCain protege a cada "individuo bajo custodia o bajo control físico del gobierno de Estados Unidos"; no dice nada sobre el entrenamiento para la tortura o la compra de la información de la industria expansiva de interrogadores por contrato. Y en Iraq el trabajo sucio se está entregando ya a los escuadrones de la muerte iraquíes, entrenados por los comandantes de los Estados Unidos como Jim Steele, que preparó para el trabajo a unidades semejantes, sin ley, en El Salvador. El papel de Estados Unidos en el entrenamiento y supervisión del Ministerio Interior de Iraq fue olvidado, por otra parte, cuando descubrieron recientemente a 173 presos en los calabozos del ministerio, algunos torturados tan gravemente que se les caía la piel. "Mire, es un país soberano. El gobierno iraquí existe", dijo Rumsfeld. Sonaba justo como el director de la CIA Guillermo Colby, cuando fue interrogado en una audiencia del Congreso en 1971 acerca de los millares muertos por Phoenix - un programa que él ayudó a lanzar - contestó que ahora era "enteramente un programa vietnamita del sur."

Y ése es el problema con la ficción según la cual la administración de Bush inventó tortura. "si uno no entiende la historia y las profundidades de la complicidad institucional y pública," dice McCoy, "entonces uno no puede comenzar a emprender reformas significativas." Los legisladores responderán a la presión eliminando un pedazo pequeño de la maquinaria de la tortura - cerrando una prisión, clausurando un programa, incluso exigiendo la dimisión de una manzana realmente podrida como Rumsfeld. Pero, McCoy dice, "preservarán la prerrogativa de torturar."

El Centro para el Progreso Americano acaba de lanzar una campaña publicitaria llamada "la tortura no es los Estados Unidos." La dura verdad es que por lo menos durante cinco décadas, sí ha sido. Pero no tiene que ser así.

© 2005 The Nation

Traducción libre de un voluntario para indymedia Colombia.